

niente que no la repita. Su talento de escritor le ha permitido sortear el esquema, producir un efecto estético considerable por el choque de dos magnitudes en extremo disímiles, como son la insignificancia grotesca del héroe y su comunión con una sociedad hipercivilizada: recurso barroco que hasta nos hace recordar al del Manco, pero equivocadamente, pues el iluso y alucinado de la Triste Figura campea entre seres de carne y hueso que le son inferiores en vida trascendental—de un lado—al paso que de otro lo lastran de terrenales valores, lo ungen de simpatía humana.

«FIEBRE LENTA», de Hugo Laso Jarpa, Nascimento.

Juan Modesto Castro escribió una novela inolvidable con enfermos del corazón reclusos en un hospital metropolitano: «Aguas estancadas». Ahora estamos frente a una obra cuyos protagonistas son los tuberculosos de un Sanatorio próximo a Santiago.

Lejos, naturalmente, del ámbito rico y complejísimo de la «Montaña Mágica», consigue Laso interesar al lector de cultura superior a la media, pues propende también al ensayo y logra algunos atisbos de interés evidente.

El clima morboso favorece la introspección y el agudizamiento cenestésico. La psicología anormal es núcleo de la novela. Hay pasajes en que adquiere perfiles estridentes, de baja pasión. Pero se casan la repugnancia que nos producen con el acierto estético, como aquéllos en que se hacen bromas brutales a los reposantes o la confesión de uno que fué contaminado deliberadamente por su tío.

Las fobias y obsesiones de los enfermos envenenan todo. Y lo mismo que Thomas Mann da cuenta del prurito apasionado que los posee en su famosa Montaña, comezones lindantes con el infantilismo, Hugo Laso nos presenta a un protagonista que capitaliza los veneros más inverosímiles de la cursilería romántica: el amor de Nora, la novia tísica muerta le rige la vida.

Momentos débiles humana y literariamente depara la obra, como asimismo descuidos de técnica, pero—suma hecha—quedan en pie grandes condiciones que esperamos ver objetivadas en otros libros de un hijo nada menos que del más grande autor de cuentos militares que conozcamos: don Olegario Laso Baeza.